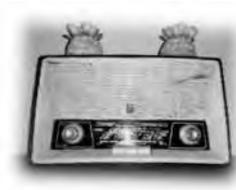


Ismael Mezcuca

23 DE ENERO DE 1960

ÍNDICE

23 de enero de 1960	11
2 de febrero de 1960	15
9 años más tarde	17
Hijos	25
Invita José	31
Un don	47
Alonso el tabernero	55
Comuniones de mayo	69
La huerta de la alberca	77
El pilarico del mulo	95



23 de enero de 1960

Una tarde desapacible y fría, con un aire que hiela los huesos, un pequeño revuelo de gente alrededor de la casa número 24 de la calle Alcázar. Mujeres entran y salen dando novedades de que Isabel la morena está dando a luz y no viene la matrona ni el médico.

Han enviado a varios niños a buscar al médico que no aparece. En una habitación que está pasando el salón dentro de la casa, se encuentra Isabel acostada en la cama, cogida de la mano de su madre María, con sudores, cara de sufrimiento y cansancio, sabiendo que no puede esperar más. Da el último suspiro apretando los dientes y, de repente, una mujer con cabellos de oro, fuerte y serena, coge en sus manos al niño que acaba de nacer y exclama levantándolo:

JOSEFINA: ¡Ya está, un niño! ¡Traed una toalla caliente!

María, la madre de Isabel, con una suave caricia y limpiándole el sudor a su hija Isabel, le susurra:

MARÍA: Ya pasó, ya pasó. Ya tienes a tu segundo hijo.

Mientras tanto, Josefina (que ha hecho de matrona), está lavando al niño en un barreño de loza y, con

esa tranquilidad y agrado que jamás abandona su rostro, le dice:

JOSEFINA: Es un niño fuerte y hermoso, como su madre.

Y sin más, lo deja en el regazo de la madre.

JOSEFINA: Ahora tienes que descansar y recuperar fuerzas, cielo.

Fuera de la casa toda la gente quiere entrar y felicitar a la madre. Mientras, por la calle de arriba, los niños que habían ido a por la matrona y el médico, vienen con un señor de unos 55 años y con un maletín en la mano. Parece ser el médico.

Éste se acerca y, con voz cansada, pregunta a las personas allí congregadas:

MÉDICO: ¿Ya nació?

LAS MUJERES: Sí. Llegó usted tarde.

MÉDICO: ¿Quién asistió a Isabel?

LAS MUJERES: Josefina la rubia

Y el médico, asintiendo con la cabeza, balbucea:

MÉDICO: ¿Cómo no? Tenía que ser ella.

El médico, con paso lento, comprueba que todos están bien y, después de ver que ya no hace falta, mirando a Josefina, comenta:

MÉDICO: Ni yo lo hubiese hecho mejor. Habrías sido una gran doctora. Tienes un don...

JOSEFINA: En otro tiempo me hubieran echado a la hoguera.

El médico sonrío y asiente con la cabeza.

Josefina es una mujer de cabello rubio dorado, fuer-

te, de tez blanca y en estado de buena esperanza. Casada con Rafael el gitano, un hombre parco en palabras, pero con una expresividad que no deja a nadie indiferente. Todo el mundo le aprecia y respeta, pues está como patriarca de los gitanos, mediando en desacuerdos que pueda haber entre familias. Él suele poner orden y su opinión es respetada y asumida por todos.

2 de febrero de 1960

A media mañana, Josefina la rubia está dando a luz en la casa del número 31 de la Calle Alcázar. En la habitación se encuentra la Reme, su suegra, y la matrona esperando el momento del nacimiento.

Josefina, con todo preparado, da un breve y rápido suspiro, y aparece el niño.

La matrona coge al niño en sus manos y, haciendo un gesto de observación sobre aquel niño, comprueba que el parto ha sido rápido y exitoso.

MATRONA: Ya tienes a tu niño. No puedes tener mejor estrella. Parece un rayo de sol caído del cielo. No sé cómo, pero todas las cosas que tienen que ver con las personas se te dan bien. Déjame que lo lave y te lo doy en un momento.

JOSEFINA: Acércalo que lo vea con mis propios ojos.

La matrona, después de lavarlo y envolverlo en una toalla, se lo entrega a Josefina.

MATRONA: Aquí lo tienes. Sano y como una rosa.

Josefina, con un gesto de comprobación, le mira los deditos de las manos, le mira los pies y comprueba que es un niño sano.

9 años más tarde...

Pasteles dulces y salados

En la calle Alcázar salen unos niños corriendo hacia la muralla, gritando: ¡somos la banda del gato! Se ríen y abrazan, pues están de vacaciones por Navidad y ya no hay colegio. Entonces, Agustín, el niño nacido el 23 de enero, hijo de Isabel, les dice a los otros dos niños:

AGUSTÍN: Mi madre me dijo que fuésemos al horno de Julián el panadero, para ayudarle a traer los dulces. Vamos y así nos los comemos antes que nadie y calentitos, que es cuando más ricos están.

TOMÁS: A mí los que más me gustan son los que tienen almendra.

MIGUEL: Todos están ricos. ¿José, a ti cual te gusta más?

JOSÉ: Por Dios, ya sabéis que los roscos de blanquete son mi perdición.

Y haciendo un gesto de exclamación al cielo, saca la lengua y la pasa por los labios, como si se relamiese los restos de roscos. Todos los chicos se ríen de lo bien que interpreta el papel de golosillo.

Entran los cuatro niños (Agustín, Miguel, José y Tomás) al horno de Julián. Allí flota un olor a dulce, a pan y azúcar, un aroma a mantecados recién hechos, a almendrados, pastas de almendra, tortas de aceite y ochíos que despierta todos los sentidos, iluminando las caras de los cuatro chavales.

Entre muchas mujeres, Agustín ve a su madre Isabel y a Josefina manejando latas de dulces recién sacados del horno.

AGUSTÍN: ¡Allí están! ¡Miguel, también está tu madre!

Dirigiéndose hacia sus madres, sorteando otras mujeres que estaban sacando sus hornadas, los chicos no dejaban de admirar aquel espectáculo.

Con la mirada fija en los dulces (como si los estuvieran devorando con los ojos), caminando despacio, llegan donde las madres.

José, el más pequeño de estatura pero un año mayor que los otros tres, de carácter alegre, carita de ángel y un toque de pillín que no pasa desapercibido, es el primero en comentar.

JOSÉ: Quiero comer un rosco de blanquete ¡Me muero si no lo como! [Con expresión de tristeza]. No sé cómo he podido resistir y no coger ningún dulce.

Las mujeres, mirando a los chicos, saben el gran esfuerzo que están haciendo por reprimir sus deseos. José ve la lata donde están los roscos de blanquete, estira la mano y señalando con el dedo, no tiene que decir nada. Josefina, con esa sonrisa eterna y la amabilidad que la caracteriza, coge un rosco de blanquete y se lo da a José. José coge con rapidez el rosco y, con